

EL PAISAJE DEL LITORAL Y LOS EFECTOS DEL TURISMO SEGÚN J.M. SOSTRES. EL LEGADO AL TURISMO LITORAL

Roger Miralles

2015 es el año del centenario del nacimiento de Josep Maria Sostres. Se habían enterado, en Catalunya ha habido modestísimas iniciativas, muy poco para quien fue -en palabras de Quetglas- el “crítico más profundo y, por lo tanto, menos influyente en las cuatro últimas décadas de la arquitectura catalana”¹. Los grandes homenajes se dejan para los mediáticos y suelen ser ampulosos, poco reflexivos; con Sostres hagamos lo contrario, no seamos mediáticos, seamos poco influyentes: estudiemos su obra, leamos sus textos. Este es el intento del presente estudio, al abordar la relación de Sostres con uno de las principales problemas de su tiempo, la transformación del paisaje litoral en los albores del turismo. Sostres se ocupó de este tema desde su doble condición de crítico y arquitecto práctico. El presente trabajo pretende mostrar la aportación teórica de Sostres desde un texto inédito y el conocido “paisaje y diseño” contrastándolos con la práctica de Sostres en Torredembarra.

Palabras clave: Paisaje, Turismo, J.M. Sostres, Casas pescadores, Propileos
Keywords: Landscape, Turism, J.M. Sostres, Fisherman houses, Propileos



1

En 1955 las hermanas Remedios y Luisa García Rovira encargan a J. M. Sostres cuatro residencias destinadas al alquiler estacional en la localidad del litoral catalán de Torredembarra, al lado de la ciudad de Tarragona. Una década más tarde, en el monográfico sobre turismo en dos volúmenes que publica *Cuadernos de Arquitectura*, Sostres escribe un artículo, sin imágenes, donde advertirá de los peligros de la destrucción del paisaje debido al turismo². Cuatro hojas sin fechar, grapadas y mecanografiadas –que tenían que ser la introducción de un libro que mostraba los efectos de la especulación turística sobre el paisaje–, son un documento que ahonda en las cuestiones planteadas tanto en Torredembarra como en el artículo de *Cuadernos*, sobre la problemática arquitectónica derivada del turismo litoral³. Los artículos no se limitan a la denuncia de la situación del litoral sino que dan pistas de cómo actuar respetando el paisaje. Estos tres pasajes muestran, de una forma clara, la preocupación de Sostres por el tema del turismo de masas en el litoral. Los apartamentos y el primer artículo son conocidos, el segundo se reproduce al final de este escrito. Este texto se centrará en la obra construida como piedra de toque de lo que Sostres había dejado escrito (Figs. 1 y 2).



2

Fig. 1. Postal de la línea de costa de Torredembarra desde la zona de'n Roquer, finales de los años cuarenta del S. XX. (actualmente publicada en AAVV., *Imatges per recordar*, Torredembarra, Edita Centre d'Estudis Sinibald de Mas, Torredembarra, 2002.)

Fig. 2. Fotografía actual tomada intentando emular el mismo enfoque que la postal de la figura 1. Imagen de la línea de costa de Torredembarra desde la zona de'n Roquer.

1. QUETGLAS, Josep, “Introducción”, en SOSTRES, Josep Maria, *Opiniones de arquitectura*, Colegio Oficial de aparejadores y arquitectos técnicos de Murcia, Valencia, 1983, p. 7.

2. Los números 64 y 65 del año 1966 de la revista *Cuadernos de Arquitectura* estaban dedicados al 'turismo en la costa'. Fueron los dos primeros números –de los sólo seis que hicieron– bajo la dirección de Vicenç Bonet y Ángel Serrano. Los volúmenes tenían una temática clara y todo el contenido se circunscribía al enunciado. El número 64 empezaba con una editorial que era una declaración de intenciones de los nuevos directores y después trataban de determinar lo que era el turismo de costa desde distintos ámbitos: la sociología, la economía y la literatura. Los artículos hasta este punto eran concisos desde las diferentes disciplinas. A partir de ese punto hay un artículo correcto hablando de urbanismo y luego unos artículos que tratan de determinar las consecuencias arquitectónicas del Turismo pero sólo uno que lo consigue. El artículo SOSTRES, Josep Maria, "paisaje y diseño", *Cuadernos de Arquitectura* 1966, n.64, pp. 28-29; y actualmente, en SOSTRES, Josep Maria, *Opiniones de arquitectura*, cit. pp. 289-298.

3. Las cuatro hojas grapadas se encuentran entre los papeles escritos de J. M. Sostres y, a partir de este momento les denominaremos por su inicio "las primeras oleadas".

4. Para entender en detalle la transformación urbanística de Torredembarra véase: Lluís Català, Josep Maria Roca i Josep Marzá, "context urbanístic a Altafulla i Torredembarra", del libro AA.VV.; MIRALLES, Roger, CAIT edita, *Altafulla i Torredembarra 1950-2010: arxiu d'arquitectura moderna en el seu context urbanístic*. Centre d'estudis Sinibald de Mas y Centre d'estudis d'Altafulla, ed., Torredembarra 2013.

5. SOSTRES, Josep Maria, "Paisaje y diseño", cit., p. 289.

6. SOSTRES, Josep Maria, "Las primeras oleadas", cit., p. 2.

7. SOSTRES, Josep Maria, "Paisaje y diseño", cit., p. 290.

8. TORRES, Elías, *Arquitectura del Paisaje, cursos 1977-78 a 1998-99. Ejercicios y lecciones*, Edicions UPC, Barcelona, 2003.

9. Ha sido Javier Maderuelo quien nos ha explicado la complejidad del concepto paisaje, y su evolución a lo largo del tiempo. Para hablar de lo qué es el paisaje contemporáneo, antes de explicar el peligro de perder el significado del término, Maderuelo dice: "El paisaje y los valores que se encuentran asociados a él se han redescubierto en estos últimos años por vías muy diferentes en un abanico que se abre desde el diletantismo artístico hasta el activismo ecologista, pasando por la práctica urbanística, las actividades turísticas o el positivismo biológico." MADERUELO, Javier, *El paisaje. Génesis de un concepto*. Abada editores, Madrid, 2005.

10. Ibid. p. 181. En esta página podemos ver el programa de curso que impartía Josep Maria Sostres junto a Luis Riudor Carol en el año 1962-1963.

11. SOSTRES, Josep Maria, "Paisaje y diseño", cit., p. 293.

12. GARCÍA MERCADAL, Fernando, *La casa popular en España*, Espasa Calpe, Bilbao 1930, p. 8, (hay una reimposición actual en Gustavo Gili, Barcelona 1981).

13. LOOS, Adolf, "Architektur", 1910, recogido en, *Trotzdem*, Greorg Prachner Verlag, Wien, 1982. Traducción al castellano: *Ornamento y delito, y otros escritos*, Gustavo Gili, Barcelona 1972, pp. 221-231.

14. SOSTRES, Josep Maria, "Paisaje y diseño", cit., p. 295.

Torredembarra era una población, como muchas de la costa catalana, con un núcleo a unos cientos de metros de la costa, donde habitaba la mayor parte de la población; y otro a primera línea de costa, donde vivían los pescadores. Hoy en día están unidos y son un núcleo mucho más poblado⁴. Se puede entender de forma rápida esta transformación si comparamos dos fotografías tomadas desde la zona de'n Roquer, una de los años 50 y otra actual; en la primera podemos ver la Torredembarra que conoció Sostres: el agua del mar, la playa de arena fina, una amplia zona de vegetación con algunas construcciones dispersas, el núcleo de casas de pescadores a Baix a Mar, y las montañas de Bonastre y el Montmell al fondo; en la otra, tomada hace pocos meses: un puerto recreativo, algo de agua de mar, la playa y unos bloques de pisos que en algunos puntos ocultan las montañas del fondo son los elementos que construyen el paisaje. Sostres, en sus artículos había advertido que la 'anodina' arquitectura turística causa la "irreparable desaparición de unos valores que caracterizan tan intensamente la fisionomía de nuestro país y son, además, el escenario entrañable de la comunidad entera"⁵. Sostres, evidentemente, no podía imaginar la destrucción del litoral que ha ocurrido después de la explosión turística del periodo democrático, pero hasta sus años tenía clara la secuencia: "Tras la explosión demográfico-turística de los pueblos, llegó la hora de las urbanizaciones, de las construcciones aisladas entre pueblo y pueblo. En ellas, la atonía del diseño oculta y destruye el paisaje"⁶. El problema radica, pues, en el paisaje; en esos momentos poca gente hablaba de paisaje en los círculos arquitectónicos, Rubió i Tudurí que en Cataluña fue un pionero del paisajismo no estaba en contacto con la escuela de arquitectura. Fue Sostres el pionero en hablar de estas cuestiones en la escuela de arquitectura, consiguió hacer obligatoria su asignatura 'Arquitectura, Paisaje y Jardinería'. "Arquitectónicamente hablando, el paisaje es el contorno físico del ambiente humano considerado en sus aspectos visuales (...). Un paisaje es, por ejemplo, todos y cada uno de los aspectos de un valle y lo es también una plaza de una ciudad"⁷. Una idea de paisaje que se perdió cuando, en 1968, Bassegoda "redujo la asignatura de paisaje a un curso de la Historia de los Jardines"⁸. La concepción del paisaje de Sostres era muy compleja, podríamos calificarla de contemporánea⁹, en el curso pasaba de los datos ecológicos –fue el primero en hablar de ecología en las aulas de la escuela de arquitectura de Barcelona– a los problemas producidos por los tendidos eléctricos, las obras hidráulicas y se hablaba, incluso, de la tutela jurídica del paisaje¹⁰. Apreciar el carácter del paisaje, insistía, no era una cuestión estética servía para poder actuar en él. En palabras de Sostres: "Es necesario profundizar, ante todo, en el carácter original del paisaje sobre el cual proyectemos (...) comprender la historia de este paisaje"¹¹.

¿Cómo se estudia la historia de un paisaje para poder intervenir en él?

Voy a probar dos enfoques que creo que Sostres usó. No son los habituales que se han venido comentando de Sostres de la agregación de unidades ni la dualidad entre construir en la costa o en la montaña, se trata de mirar la obra de Sostres a través del propio material que Sostres nos legó, sus escritos.

|

Para estudiar la historia del paisaje de Torredembarra se deben estudiar las construcciones que había en la costa antes de la explosión del turismo. Podríamos explicar las casas de los pescadores de Torredembarra con las mismas palabras que usó García Mercadal al explicar la casa popular en España: "la dependencia de la casa con el suelo es tan grande, tan íntima su compenetración con el paisaje, que se diría que la casa es un producto de la vegetación natural: en ella radica el encanto de la arquitectura rural, y su mayor dificultad que el arquitecto debe vencer al construir en el campo, en plena naturaleza"¹². Esa dificultad de hacer que la arquitectura surja como producto de la vegetación natural es la que nos hacía ver Loos en su paseo en Architektur¹³ y que le llevaba a declarar que, salvo monumentos y tumbas, no era posible hacer arquitectura. Sostres quería construir y hacer arquitectura, pero ¿cómo construir en un entorno en el que cualquier inclusión no orgánica será tomada como una agresión? Sólo hay un camino: entendiendo el paisaje, tratando de "objetivar nuestra visión y, en lo posible, librarnos de apreciaciones influidas principalmente por nuestra sensibilidad"¹⁴. El estudio de las casas de pescadores, a Baix a Mar, únicas construcciones que responden a los valores originales del paisaje, debe ayudarnos.



3

Más allá del aspecto que conocemos por algunas fotografías, siempre exteriores, de los primeros decenios del siglo XX, tenemos una descripción de esta tipología de casas, que se denominan *botigues*, hecha por Josep Pin i Soler a propósito barrio del Sarrallo, a escasos metros al sur de Torredembarra, en Tarragona: “Las *botigues* se componían, en su planta baja, de un almacén, donde en las paredes había colgadas las yacijas para los hombres, cuerdas, hilos, (...) Una escalerilla, al lado de la puerta de la *botiga*, conducía a la habitación reservada a la familia del patrón o, mejor dicho, a su mujer y sus hijas –si tenía¹⁵.”

La casa era un lugar para dormir en la planta superior y en la planta inferior había todo lo necesario para poder preparar la pesca haciendo remedios para las redes o ajustando los aparejos. La vida durante el día no transcurría dentro la casa, lo hacía en frente, con una silla, cerca del mar (Fig. 3).

La vida tiene lugar en el suelo donde se levanta, con la puerta abierta, confundándose el espacio privado y el público. La parte íntima pasa por el primer piso, lugar de descanso.

Los apartamentos que construye Sostres el año 1955 tienen un uso muy distinto, ocio-so, vacacional. La distribución, según la memoria del proyecto: “en la planta baja estarán situados el vestíbulo de entrada, la sala de estar comedor y la zona de servicios, y en la planta superior la zona de dormitorio con el aseo correspondiente¹⁶”. Vemos que la raíz es la misma, una planta superior para descansar y para actividades íntimas (además de las habitaciones también se ubica el estudio) mientras que la vida tiene lugar en la planta baja. Es una planta baja con una actividad profundamente ligada al jardín con un gran porche en sombra, “habiéndose procurado dejar la planta baja lo más libre posible a fin de dar mayor amplitud al jardín”. Uno puede imaginarse, sin hacer un gran esfuerzo, el porche lleno de flotadores y burbujitas o con las bicicletas aparcadas mientras alguien remienda un pinchazo a la sombra de los árboles del jardín. La vida tiene lugar en el suelo donde se levanta, con la puerta abierta, confundándose el espacio privado y el público, como siempre ha pasado. La parte íntima pasa por el primer piso, lugar de descanso (Fig. 4).

El encargo de casas cerca del mar y las *botigas* de Torredembarra nada tienen que ver programáticamente, pero Sostres busca el carácter¹⁷ del paisaje que le permita construir del mismo modo que lo hacían los que lo habían hecho hasta el momento en ese lugar para poderle ser fiel al paisaje del lugar.

II

Para estudiar el paisaje de Torredembarra donde se construyen los apartamentos ¿es suficiente con el estudio de las casas que han levantado los pescadores? No, se deben estu-



4

Fig. 3. Imagen de unos pescadores faenando delante de sus casas *A Baix a Mar*, Torredembarra. Años 50 del S. XX. Actualmente publicada en AAVV, *Imatges per recordar*, Torredembarra, Edita Centre d'Estudis Sinibald de Mas, Torredembarra, 2002.

Fig. 4. Redibujado de la planta baja de uno de los cuatro moteles en Torredembarra de Sostres. El redibujado es del CAIT - Centro de Análisis Integral del Territori- de la URV, 2013.

15. PIN I SOLER, Josep, *Jaume*, ed. 62, Barcelona 1992 -1a edición 1888. La traducción del catalán es propia.

16. SOSTRES, Josep Maria, *Memoria del proyecto de 'cuatro moteles en Torredembarra'*. El original se encuentra en el archivo del CoAC, en la carpeta 'cuatro moteles en Torredembarra'.

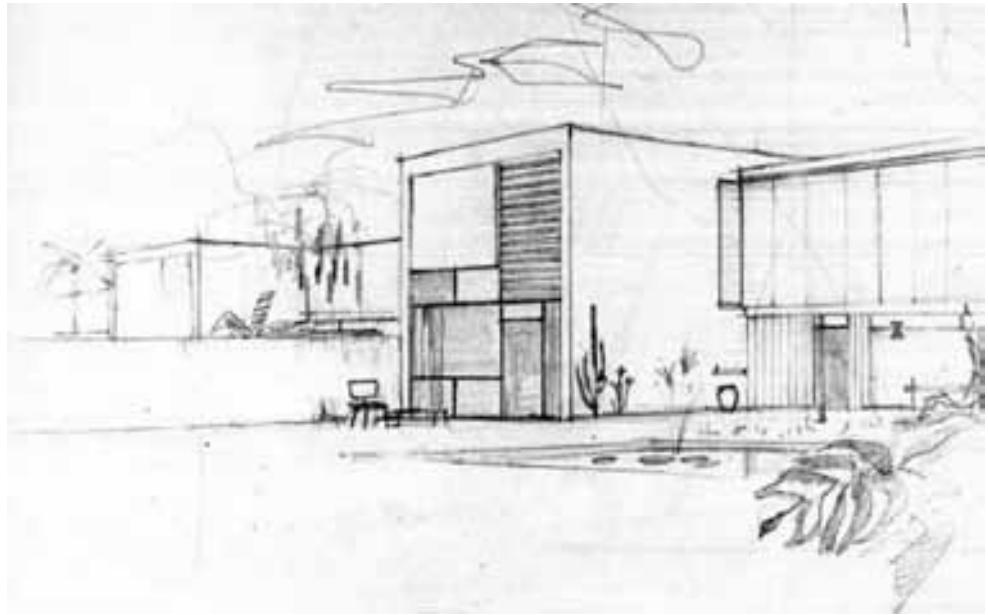
17. Sobre la palabra *carácter*, debemos tener en cuenta que Sostres la usa en el sentido que la usaba su admirado N. Pevsner; la palabra tiene una fuerte tradición en la literatura especializada británica que puede consultarse en: FORTY, Adrian, *Words and Buildings*, Thames and Hudson, Londres 2000, pp. 25-36.



5

Fig. 5. Planta baja de los cuatro moteles en Torredembarra de Sostres en su parcela. Anteproyecto (el dibujo se encuentra en el archivo histórico del CoAC).

Fig. 6. Perspectiva del jardín de uno de los apartamentos de Sostres donde se ve una separación de los jardines en forma de muro (el dibujo se encuentra en el archivo histórico del CoAC).



6

diar otros aspectos del paisaje ya que éste no sólo se refiere a las construcciones físicas que habitan el lugar. En palabras de Maderuelo: “El paisaje no es un mero lugar físico, sino el conjunto de una serie de ideas, sensaciones y sentimientos que elaboramos a partir del lugar y sus elementos constituyentes”¹⁸. Así pues, el paisaje se construye a partir de lo que hay y de lo que nosotros vemos. El paisaje del mediterráneo para unos será Itaca y para otros un laúd faenando de madrugada.

Las diferencias entre los usuarios de casas de los pescadores y las casas de los barceloneses que van a veranear a Torredembarra son muy grandes. La diferencia en la calificación del espacio exterior también lo será. Mientras que de la puerta afuera de los pescadores todo es playa, espacio compartido, lo que está fuera de las casas de los veraneantes es su jardín, espacio privativo para los usuarios de la casa. Sostres, conocedor de la tradición mediterránea sabe que el exterior tiene tanto valor como el interior y trata de dar amplitud al jardín a través de varios mecanismos: una planta baja muy reducida pero también trabajando los lindes de las parcelas. En el dibujo de planta del anteproyecto (Fig. 5) la división entre las parcelas es una doble línea dibujada mas fina que los muros interiores, pero no se ve construida en los alzados. Hay una perspectiva en la que se ve un muro de la altura de la planta baja que se proyecta y encierra el patio (Fig. 6). Es una solución que no llegará a construirse, en las fotografías de Catalá Roca que se publican en *Cuadernos de arquitectura*¹⁹ (Figs. 7 y 8) lo podemos apreciar. Otra solución que durante tiempo se pensó que fue la definitiva eran una celosías que encerraban los tres o cuatro primeros metros de separación entre los jardines después de lo construido; en una fotografía del año 1961 que se encuentra en el catastro de Torredembarra no apreciamos separación construida entre los distintos patios. Años después, una postal (Fig. 9), nos mostraría esta solución de división mediante celosía que no sabemos quien la adoptó. La división de los jardines es un asunto arquitectónico que nos demuestra como Sostres deseaba su separación administrativa pero no visual. De este modo el usuario puede percibir un jardín de dimensiones mucho más generosas aunque sólo pise una parte la parte correspondiente a su apartamento. La importancia del jardín para la vida y para la concepción arquitectónica del conjunto hace que el acceso sea la entrada de la casa. Ese punto en que dejamos atrás lo que hay en el entorno para entrar en una obra de arquitectura.

La entrada al jardín, a la casa, estaba formalizada en el anteproyecto por una pequeña construcción que encajaba los que iban a entrar. En el paisaje cultural en el que nos encontramos, el mediterráneo, a eso se le llama propileo desde los tiempos clásicos. Quizás esto nos puede parecer irrelevante pero Sostres es profesor de historia en la escuela de arquitectura y daba como lectura obligada a sus estudiantes la traducción al castellano del libro de

18. MADERUELO, Javier, cit. p. 38.

19. SOSTRES, Josep Maria, “Cuatro moteles en Torredembarra”, *Cuadernos de arquitectura*, n. 43, Barcelona, 1961.



7

Rex Matrienssen *La idea de espacio en la arquitectura griega*. El libro, en su capítulo V, explica la importancia de la percepción del espectador en el temenos; el periplo visual empieza en los propileos porque “subministraban una sensación de deliberada separación de su entorno²⁰”. Lo que consiguen los propileos es separar; el espectador entiende que lo que hay a partir de esa puerta es otro mundo, el que ha preparado el arquitecto para él. Los propileos actúan como separación, como cesura entre lo pretérito y lo que está por venir.

“Consideremos ahora el propileo en su papel de definidor del espacio. El hecho principal a destacar es que los muros, las columnas y el techo definen un volumen que, en virtud de su escala es fácilmente comprensible para el espectador. Su medida relativamente pequeña, y la nítida definición de sus superficies encajan al espectador a diferencia de lo que sucede cuando este va por un camino. La sensación experimentada es el ajuste, de preparación para la experiencia arquitectónica que el temeno ofrecerá a continuación²¹”.

La construcción de entrada de los apartamentos de Sostres tiene como principal función encajar al espectador. El visitante se da cuenta de su medida en relación a lo construido por la proximidad de las paredes laterales y el techo, es a partir de este punto que podrá dejar atrás lo que había visto antes –se ha creado una cesura–, en ese punto ya puede entrar en el lugar, ahora ya tiene las medidas tomadas. Lo que se consigue encajando un espectador es separar y dar escala. Sostres finalmente no construye esa caja, pero la idea de propileo sigue en pie: unos pequeños escalones hacen las funciones de entrada: separan y dan escala. Ver unos escalones para un espectador significa mirar al suelo, fijar la mirada en un punto y dejar de ver el entorno y lo que tiene delante; poner unos escalones equivale a que el espectador deje el lugar de donde está y entre en un nuevo sitio. El nuevo lugar se medirá por comparación a lo que vemos en la entrada, la huella y contrahuella conocida del escalón, y su ancho; medidas que conocemos sólo mirarlas, unos escalones que sirven para separarnos del entorno y dar la medida de lo que vamos a ver.

Para Sostres el mediterráneo es, desde el punto de vista del imaginario –tengamos en cuenta que estudia en una escuela dominada por noucentistes–, el mundo griego. El paisaje de mediterráneo se empieza a construir en Grecia, cabe recordar que Sostres dedicaba buena parte del curso de historia a la arquitectura griega, el referente cultural forma parte del paisaje.

III

En los cincuenta y sesenta, en España, vemos cómo la arquitectura se planteaba como objetos autónomos que caían sobre el lugar en el que se edificaba. Nuestra sensibilidad contemporánea hace que tratemos de entender algunas de estas arquitecturas en su contexto, pero la impresión es que se hacían a su espalda. Sostres por su práctica escrita y construida sabemos que tenía en cuenta el lugar dónde construir. Para tener cierta continuidad con la tradición y respetar el paisaje Sostres propone, en Torredembarra, la reinterpretación del tipo arquitectónico en el que se ha basado a construcción en la playa, las *botigues*, en moteles para usarse los cuatro meses de verano; no sólo la disposición de la planta baja y el patio sino incluso la parcelación podríamos decir que son primas hermanas de las *botigues* de la playa. Pero la arquitectura de Sostres que conformará el paisaje mediterráneo no aca-



3

Figs. 7 y 8. Fotografías de Catalá Roca de los cuatro moteles en Torredembarra de Sostres publicadas en el n. 43 de *Cuadernos de Arquitectura*, Barcelona 1961.

20. MARTIENSSEN, Rex Distin, *The Idea of Space in Greek Architecture, with special reference to the Doric Temple and its Setting*, Witwatersrand University press, Johannesburg 1956. p. 105. (capítulo V. “Templo and Temenos”).

21. Ibid. p. 108.

Fig. 9. Postal promocional de los apartamentos de Sostres en Torredembarra, 1961, donde se aprecia la separación de los jardines mediante una celosía. Actualmente publicada en *AAVV., Imatges per recordar*, Torredembarra, Edita Centre d'Estudis Sinibald de Mas, Torredembarra, 2002.



bará en la mimesis con lo más cercano, entender la tradición arquitectónica significará reinterpretarla como se ha explicado.

La modificación del paisaje, según Sostres, parece imparable, pero se debe bastir sobre los mismos principios que se ha construido todo el paisaje hasta entonces.

Para profundizar en la visión de Sostres sobre el turismo en el litoral se reproduce, a continuación, el escrito no publicado de Sostres que hizo para un libro donde se mostraban lo que había producido el turismo.

Las primeras oleadas de la anual inundación turística de nuestras costas hacen, de nuevo intensamente actual la vigencia, la apremiante urgencia, de unos problemas que, desde tiempo, tiene planteados el litoral catalán.

Hemos considerado la introducción gráfica que precede estas líneas editoriales como un necesario esfuerzo previo de objetividad para el exacto planteamiento del —o los— problemas de nuestra costa. Al efectuar la selección de las fotografías, no hemos pretendido presentar hechos excepcionales o anecdóticos, sino ejemplos típicos, hechos y situaciones comunes, índice del problema general. No se diga que las fotografías son una visión parcial, una interpretación de la realidad, porque, si el ángulo, la intención de las imágenes, son inevitablemente subjetivos. A menudo sólo la imagen que detiene ambientes, recorta perfiles, ciñe perspectivas, permite un análisis objetivo. El turista, el hombre de vacaciones, sumergido en el ritmo de su vida estival, es incapaz de medir estos problemas. Los paisajes naturales y arquitectónicos constituyen el marco casi inconsciente de la vida. En su inercia dinámica, la necesidad de resolver los problemas inmediatos, el afán de explotar al máximo el tiempo de sus vacaciones le privan del distanciamiento preciso para la calibración de los problemas que intentamos comentar.

La primera evidencia, que nos aportan las fotografías, es la anarquía del crecimiento en extensión y volumen de los pueblos del litoral catalán. Una absoluta carencia de unidad de criterio —o simplemente de criterio— informa la costa que se extiende desde el cabo de Creus hasta Tarragona. Una arquitectura anónima, deplorable a veces, yuxtapone grandes edificios de varias plantas a insignificantes villas, el más trepidante snack-bar a intempestivas imitaciones de construcciones coloniales; y erige junto a los restos de nuestra arquitectura popular los más amorfos complejos turísticos.

La irrupción del fenómeno turístico ha roto la estructura de nuestros pueblos pescadores, ha dilatado sus horizontes, antes cerrados, ha alterado profundamente el carácter sociológico de su unidad. La avalancha turística ha supuesto una radical transformación de la economía de nuestros pueblos, basada en el cultivo de la tierra, la explotación del mar y en la pequeña industria. El turis-

mo ha creado necesidades nuevas y aumentado todas las escalas; por su carácter súbito, inesperado, lo ha hecho aprovechando las aglomeraciones, las estructuras de los pueblos ya existentes pero sin fundirse orgánicamente con ellas. Las exigencias del turismo se han infiltrado en los cascos urbanos, han cambiado su estructura, pero no han dado lugar a la eclosión de una nueva forma o unidad sociológica o urbanística. Las funciones han variado y el esfuerzo de adaptación de las estructuras de los pueblos, por una parte, ha borrado su antiguo carácter y, por otra, ha resultado insuficiente e inadecuado por partir de realidades que respondían a necesidades y escala distintas.

Tras la explosión demográfico-turística de los pueblos, llegó la hora de las urbanizaciones, de las construcciones aisladas entre pueblo y pueblo. En ellas, la atonía del diseño oculta y destruye el paisaje. La extensa gama de matices de color y de forma, que es uno de los principales atractivos de nuestra costa, desaparece bajo una uniformidad monótona e inexpresiva. La escala de la tierra queda rota. Un conjunto de objetivos y soluciones diversos provocan una, a veces escandalosa, desproporción entre arquitectura y paisaje. Soluciones de facilidad aplican la misma tipología a las salas cerradas y a las playas abiertas, a los terrenos llanos y las pendientes más pronunciadas; y las mismas versiones de diseño —forma y color— a los más diversos marcos topográficos y cromáticos. Insistimos en calificar estos hechos de soluciones de facilidad. La excusa de ciertas deficiencias estructurales o administrativas no dispensan al arquitecto, al urbanista, de sus responsabilidades propias en este terreno.

La despersonalización de nuestros pueblos y el carácter anodino de nuestra arquitectura turística son, a más o menos corto plazo, una amenaza para la economía regional. Al turista le interesan, si, el sol y el mar; pero también el paisaje natural y arquitectónico. Le interesan, si, las buenas carreteras y el exacto funcionamiento de los servicios, pero también el ambiente inconfundible, cálido, a nivel humano, de cada tierra, de sus casas y de sus hombres. Sol y mar lo tienen también Italia, Yugoslavia, Grecia y los países del Norte de África; y un funcionamiento impecable está al alcance de cualquier zona turística bien organizada. Suponiendo una igualdad de nivel de vida —peligrosamente amenazada—, el único argumento que puede seguir encauzando hacia Cataluña las corrientes del turismo son la genuinidad, el carácter peculiar y propio de nuestros pueblos y paisajes.

Bajo esta arquitectura desolada, un urbanismo inexistente o atomizado provoca una desigual sucesión de pueblos, urbanizaciones, complejos turísticos,... La estandarización de las soluciones despersonaliza las diversas agrupaciones. Una total falta de coordinación conduce, en el mejor de los casos, a la construcción de grupos, polígonos o urbanizaciones pretendidamente autosuficientes y cerrados. Al faltar una coherente y proporcionada provisión de servicios, se llega: o una multiplicación innecesaria de los mismos, o una desproporción total con las necesidades reales, en zonas determinadas. Cada unidad se convierte en un “ghetto” aislado, inconexo; se rompe toda continuidad, se hace imposible toda fluidez. Ninguno de los grupos tiene nada que ofrecer a los demás; ningún especial centro de interés, ningún atractivo distinto. Copias unos de otros, estos grupos se vinculan entre sí porque nada les empuja a ello. El habitante de dichos grupos se desplazará a la ciudad más próxima para buscar en ella el complemento de los servicios de su urbanización, pero el habitante de la ciudad, normalmente, nunca sentirá la tentación de visitar ninguna de las urbanizaciones que la rodean. La comunicación es unilateral, no recíproca, se funda una lamentable suburbanización de la costa.

En un precipitado afán de explotar el auge turístico del país, las soluciones adolecen de una desoladora falta de perspectiva.

Ni la atención de los constructores y empresas urbanizadora, acaparada por la preocupación del turismo y orientada al servicio exclusivo de unos intereses particulares, ni la iniciativa privada, en general, no tienen —ni nunca lo tendrán espontáneamente— en cuenta el carácter de temporada, más o menos periódica y más o menos prolongada, de la afluencia turística, para prever sus consecuencias sociales. Tampoco lo hacen —y esto es mucho más grave— las administraciones públicas, aturdidas por el afán de soluciones inmediatas, de triunfos aparentes. Nadie piensa, por ejemplo, en la creación de puestos de trabajo que, por su complementario carácter de temporada, compensen la insuficiencia de la estación turística y facilitan la estabilidad laboral y familiar, eliminando o reduciendo las considerables migraciones provocadas por la actual explotación turística. Ni tampoco en hallar un justo —desde el punto de vista social y el económico— equilibrio entre los servicios disponibles

en los diferentes meses; y así, necesidades regularmente atendidas en verano son totalmente olvidadas, a causa del carácter temporal y periódico de las instalaciones que las servían.

Y luego, no lo olvidemos, estamos nosotros, los que, tras la temporada turística, soportamos las consecuencias de todo este desorden: las instalaciones desiertas que hacen irreconocibles los perfiles de nuestros pueblos, desvanecen su tipismo, hacen frío, anónimo e insuficiente su acogimiento.

Hasta aquí los hechos. Si su sola observación hace patente y apremiante la necesidad de un plan general, el análisis de sus causas y repercusiones nos ha de llevar a la precisión de sus exigencias. En su realidad actual, estos hechos son el resultado de un apretado tejido de causas e influencias estructurales, sociológicas, económicas y jurídicas. Entre ellas, tienen particular importancia las incidencias económicas.